



Otros logos
REVISTA DE ESTUDIOS CRÍTICOS

Centro de Estudios y Actualización en Pensamiento Político, Decolonialidad e Interculturalidad, Universidad Nacional del Comahue

ISSN 1853-4457

Reseña

Alejandro Grimson (2011), *Los límites de la cultura. Crítica de las teorías de la identidad*, Buenos Aires, Siglo XXI. 272 páginas

Laura Duimich*

En *Los límites de la cultura. Crítica de las teorías de la identidad*, Alejandro Grimson plantea la necesidad de pensar los desafíos de la interculturalidad. ¿Desde qué lugar se piensan los intercambios entre diferentes culturas? ¿Qué relaciones de poder se ponen en juego? A lo largo de su trabajo intentará dar respuesta a estos interrogantes, que atraviesan gran parte de sus elaboraciones teóricas hasta la fecha, y que constituyen el nudo de las problemáticas que abordan actualmente los Estudios Culturales.

La obra comienza con una Introducción y se divide en seis capítulos a los que sigue un Epílogo. Desde las primeras páginas, Grimson sienta su postura frente al abanico de autores que suelen identificarse en este campo teórico, y destaca la necesidad de elaborar conceptos que dialoguen con la experiencia social. Dicha tarea requiere pensar en otros términos la relación entre cultura, identidades y política, y para ello propone la adopción de metodologías basadas en el contextualismo radical desde una perspectiva posconstructivista. En este sentido,

* Licenciada en Ciencia Política por la Universidad de Buenos Aires. Adscripta en la cátedra Filosofía Social y Política en la carrera de Filosofía de la Facultad de Humanidades de la Universidad Nacional del Comahue.

introduce la noción de “configuración cultural” como “un espacio en el cual hay tramas simbólicas compartidas, hay horizontes de posibilidad, hay desigualdades de poder, hay historicidad” (p.28). Asimismo, recupera la crítica de Raymond Williams a la tradición filosófica occidental, según la cual resulta necesario dejar de pensar la cultura como una esfera de la vida social, dado que las prácticas económicas son también prácticas de significación: “La cultura no es relevante porque sea una esfera; es relevante porque no existe ningún proceso social que carezca de significación”. Y continúa: “...eso implica que las esferas son construcciones epistemológicas contingentes creadas durante una etapa de la historia teórica” (p.41). Esto no impide que funcionen como dominios separados en la vida social, como señala el autor: “lo que se ha fabricado existe. Pero lo que ha sedimentado también puede ser intencionalmente socavado y puesto en cuestión” (p.42). Analizar una configuración cultural desde las articulaciones que la hicieron posible, permite comprender su contingencia y pensarla como un proceso de constitución de hegemonía.

En el primer capítulo, “Dialéctica del culturalismo”, el autor destaca la centralidad de la noción de diversidad cultural al interior de los desarrollos teóricos que intentan dar cuenta de las relaciones interculturales, y señala que: “Los modos en que se ha conceptualizado la diversidad se encuentran imbricados en las formas en que se han imaginado las relaciones entre “nosotros” y “los otros”.” (p.55). En estas conceptualizaciones, sean conservadoras –como el planteo de Huntington acerca del choque de civilizaciones- o progresistas, se verifica una simplificación de los conceptos de cultura e identidad.

Grimson llama la atención acerca del uso del término “cultura” para legitimar legislaciones y políticas públicas, que reemplazó después de 1945 al término “raza”, pero sin afectar el significado atribuido a este último: “Sin embargo, la sustitución de la imagen de un mundo dividido en culturas o áreas culturales es también fuertemente problemática” (p.58). Es aquí que recurre a la metáfora del archipiélago cultural, cuando al hablar de cultura se advierte la supervivencia de los criterios de clasificación entre grupos, la supuesta homogeneidad al interior de los mismos y la posibilidad de evaluar lo diferente como inferior, que puede contribuir a la pretensión de dominio efectivo de unos sobre otros.

Asimismo, el autor se detiene en el fundamentalismo cultural, cuya especificidad es la “cosificación de la cultura, a la que concibe como un todo compacto y territorializado” (p.65). En este sentido, el culturalismo es definido como una configuración política, y advierte: “el culturalismo no tiene un signo ideológico

predefinido. Sería erróneo creer que el fundamentalismo cultural es una retórica exclusiva de los conservadores de los países centrales (...) Esta visión puede sustentarse en posiciones ético-políticas favorables a los pueblos discriminados” (p.76).

En la segunda sección, “Conocimiento, política y alteridad”, Grimson problematiza la construcción del conocimiento sobre la cultura, la diversidad y la identidad. Aquí, el autor pone en tensión el concepto de identidad al constatarse la desigualdad como estructurante de la relación social: “Nuestra mejor contribución hacia los actores con los que estamos comprometidos es construir conocimientos intersubjetivos que, para ser potentes, no necesiten negar las tensiones de lo real” (p. 105). Por eso, se encarga de destacar que no sólo es necesario analizar los movimientos sociales, sino también estudiar la derrota de ciertas movilizaciones; esto puede otorgar realismo a las investigaciones, dado que: “La construcción de verdades tristes y desalentadoras es parte necesaria de las ciencias sociales realmente comprometidas. Al mismo tiempo, la construcción de horizontes que desborden la imaginación actual es una dimensión irrenunciable de las prácticas intelectuales” (p.109).

“Las culturas son más híbridas que las identificaciones”, es el título del tercer capítulo, en el que Grimson presenta la “frontera” como noción clave para el análisis cultural de la hegemonía; marca la importancia de los estudios etnográficos realizados en los límites, en zonas fronterizas de países del Cono Sur, que “realizaron un aporte teórico (...) distinguiendo los dos tipos de frontera que más se confunden en el debate actual: las fronteras culturales y las fronteras identitarias; las fronteras de significados y las fronteras de sentimientos de pertenencia” (p.113). Dichos estudios permitieron ver que las posiciones esencialistas acerca de las identidades, tanto las que refieren a la hermandad entre países vecinos, como el esencialismo de la hibridación generalizada, no toman en cuenta -por ejemplo- cómo la larga construcción de los Estados nacionales afectó a esas poblaciones en lo cultural e identitario. El autor reafirma lo anterior cuando sostiene: “es posible que, a partir de un contexto creciente de interconexión transnacional y de mayor porosidad cultural, surjan nuevos y más fuertes fundamentalismos culturales” (p. 129).

En el cuarto apartado, “Metáforas teóricas: más allá de esencialismo *versus* instrumentalismo”, el autor propone una reconceptualización que permita superar las dificultades de los términos cultura e identidad ante fenómenos complejos. Dado que las identificaciones no guardan una relación necesaria con los territorios,

es menester poner en juego la noción de configuración cultural para poder comprender procesos en los que una persona puede sentir sentimientos de pertenencia (identificación) con otra que vive en una región distante del mundo, y sin embargo sentirse muy lejos -un extranjero- al interior de una comunidad vecina, con quien forma parte del mismo Estado. Esta situación de dualidad sólo se hace visible cuando no se piensa en términos esencialistas, sino cuando se comprende que: "la esfera territorial no determina mecánicamente las identificaciones" (p. 136). En la quinta sección titulada "Configuraciones culturales", se desarrolla una noción nodal de la propuesta teórica de Grimson, que es abordada a lo largo de la obra y aquí es retomada de forma específica, buscando tomar distancia -como se ha referido antes- de las posiciones esencialistas y constructivistas. De acuerdo al autor, una configuración cultural es: "un marco compartido por actores enfrentados o distintos, de articulaciones complejas de la heterogeneidad social" (p. 172) y se caracterizan por ser *campos de posibilidad* -en el espacio social hay representaciones, prácticas e instituciones que son posibles, unas imposibles y otras que llegan a ser hegemónicas-; por poseer *lógicas específicas de interrelación entre las partes* que conforman la totalidad; por implicar una *trama simbólica común*, dado que las disputas se dirimen entre quienes pueden entenderse y enfrentarse; y por tener algo *compartido*, aunque sea difícil hablar de unidad ideológica o política. Respecto a estos cuatro rasgos constitutivos, el autor concluye: "Todos estos elementos son históricos porque sólo son, en cada momento, la sedimentación del transcurrir de los procesos sociales" (p. 177). Resulta entonces que, a diferencia de lo que solía entenderse por cultura, las configuraciones culturales se definen por: "la heterogeneidad, la conflictividad, la desigualdad, la historicidad y el poder" (p.187).

En la sexta parte del texto llamada "La interpretación de las imbricaciones culturales", Grimson apunta algunos estudios de casos que permiten vislumbrar la potencialidad teórica de las configuraciones culturales para la comprensión de fenómenos complejos. De este modo, explica cómo atender a la tensión entre cultura como categoría teórica y cultura como un término continuamente utilizado y resignificado al interior de diferentes regímenes de articulación de sentidos, sin abandonarlo en tanto concepto analítico. En la misma dirección, señala que las configuraciones culturales permiten pensar las identificaciones y culturas no ya como compartimentos exclusivos y excluyentes, sino como espacios simbólicos que pueden combinarse, hibridarse, etc. y sin embargo dar lugar a un orden con fronteras claras. En consecuencia, el autor sostiene que una persona participa a la

vez de diversas configuraciones: "El concepto de "configuración" justamente permite comprender la heterogeneidad de cada espacio específico con sus desigualdades y jerarquías propias, la multiposicionalidad de las personas en los mundos contemporáneos" (p. 197). Una vez más, Grimson destaca que cultura e identidad son procesos diferenciables, y que "ambos tipos de frontera -las de las pertenencias y las de los sentidos- difícilmente coinciden aunque los discursos identitarios postulen que encastran a la perfección" (p. 198).

Además, Grimson sugiere la utilización de la estrategia "llave" para abordar la investigación cultural. En su opinión, se trata: "de encontrar las llaves que abren las cajas negras de las configuraciones culturales" (p. 222). Y brinda ejemplos de lo que pueden constituir estas llaves: pueden ser rituales como el carnaval o el día de la patria, giros, palabras, expresiones, objetos, categorías y prácticas que son características de una configuración cultural y condensan el sentido de un conjunto de relaciones sociales.

Para concluir, en el Epílogo, Grimson destaca que como la multiplicidad de constitución de sujetos "no existe fuera de la interacción -en distintos grados e intensidades- con diferentes fines y medios, necesitamos aludir específicamente a la "interculturalidad". En este sentido, el término "interculturalidad" hace referencia a un rasgo crucial del mundo contemporáneo: la multiplicidad interactúa y la interacción no anula la diferencia. Más bien, la diferencia se produce en la interacción, así como en las intersecciones se producen las apropiaciones, las resignificaciones, las combinatorias, las asimilaciones y las resistencias"(p.238). Y vuelve sobre la necesidad de renunciar al fundamentalismo cultural "para apostar a un diálogo intercultural igualitario". (p. 245).